

LO QUE SE VE, LO QUE SE OCULTA, LO QUE SE LOGRA

Ricardo Rodríguez
Buenos Aires

I. Este trabajo se propone rastrear los pasos del derrotero moral de Lázaro de Tormes, analizándolos desde una norma moral objetiva implícita en el texto pero ocultada por el autor. El objetivo es mostrar la pérdida sufrida por el protagonista a pesar de su próspera situación económica.

II. El texto, linealmente, muestra que Lázaro ha llegado a la cumbre de toda buena fortuna. Se verá qué cosas se esconden detrás de la simple historia de un niño contada desde la adultez.

III. Los años vienen a representar, en este derrotero, cada uno de los pecados transgredidos por Lázaro González.

IV. Lázaro, al permanecer en el pecado, llega a una pérdida del sentido de lo real que lo lleva a justificar su amancebamiento final.

V. La obra presenta una profunda unidad intencional: trazar el derrotero moral de una persona.

Introducción:

Cuando el lector "desentierra de la sepultura del olvido" las fortunas y adversidades de Lázaro de Tormes, queda en él un cierto gusto amargo. Ha conocido su vida en aquellas situaciones que en general se ocultarían y no en actitudes positivas y alentadoras. Más aún, en una primera lectura, la vida de Lázaro Bonzález produce lástima y pena, aunque en una relectura comencemos a vislumbrar un humor irónico y socarrón, que trata de satirizar incluso los ámbitos y ceremonias religiosas. Esta ironía, que circula por debajo del discurso, produce "una degradación de las ideas y valores denotados en la superficie del dictum" (1).

De pronto, un desenlace quizá apresurado, una afirmación sorprendente y puesta allí para sostener el peso de toda una vida, con un protagonista dispuesto a defenderla: Lázaro ha alcanzado la "cumbre de toda buena fortuna".

Los interrogantes surgen apresuradamente; el lector deja ya de lamentarse o sonreír frente a las desfachateces del pícaro sintiéndose, tal vez, un poco burlado. ¿Es posible justificar esta situación final de amancebamiento, esta relación de tres? ¿Qué ha sucedido en Lázaro que lo lleve a la aceptación pasiva e indiferente de la inmoralidad? ¿Qué sucedió en este hombre, que de niño fue observador sagaz de las inmoralidades de sus amos, mostrándolas y criticándolas?

Pues bien, resulta que el mismo texto nos da la respuesta y una lectura detenida de esta vida azarosa nos ofrece, en un juego literario sutil y armonioso, las pautas y claves de interpretación que nos llevan a ver cómo Lázaro sufre un paulatino desarraigo moral, que lo aleja y confunde respecto de la noción de pecado, merced a la abulia deliberada en relación con el cuidado en la moralidad de sus actos. Se sumerge de esta manera en la inmanencia de la inmoralidad, siendo ésta la que lleva al hombre a una pérdida progresiva incluso del sentido de lo real, permitiéndole calificar como positivas, situaciones verdaderamente graves y dolorosas.

Esta situación inmoral es el "determinado punto de vista" (2) desde donde Lázaro mira retrospectivamente los avatares de su vida pasada. Entiénd-

dase bien: no es el amancebamiento, en tanto acto inmoral, el punto de vista, sino su conciencia, consciente de la inmoralidad de sus actos (3). Si bien Francisco RICO desdeña los hechos de conciencia como motivos determinantes de la redacción del libro (4), creo ver precisamente en los hechos de conciencia, la cual discierne entre la bondad o maldad de los actos de la voluntad, los que inciden en la escritura de la novela a modo de purgación o justificación del estado final del protagonista. Sin confundir esta carta-novela con una confesión pública (5) puesto que dicho tema queda demasiado difuso. ¿Existe en el texto un firme propósito de enmienda, un arrepentimiento doloroso por las faltas cometidas, una absolución? Si se puede verificar un examen de conciencia, paso previo a la confesión, pero que no puede confundirse con ella.

Más apropiado, a mi entender, es tomar esta novela como muestreo de las situaciones que llevan a un hombre cualquiera a caer en actos de corte netamente inmoral (verosímiles para la época de la escritura, verosímiles para la nuestra) dañando su conciencia hasta la cauterización, aprobando lo malo como bueno. Sin culpar excesivamente a las condiciones sociales de la época, tal como pretendió ver a la novela la crítica positivista del siglo XIX (6).

Si nos atenemos al texto, Lázaro afirma mentir lo mejor que sabe (Trat. II, pág. 88) (7) dejando abierta la posibilidad de que todo el relato no sea más que una mentira o un engaño.

Ahora bien, este trabajo se propone rastrear los pasos del derrotero moral de Lázaro, analizándolos desde una norma moral objetiva implícita en el texto pero oculta, pareciera ser deliberadamente por el anónimo autor, para mostrar la pérdida sufrida por Lázaro a pesar de su próspera situación económica. Todo el discurso narrativo está construido sobre una base de insinuación y crítica certera pero solapada. Se muestra una parte de la verdad para criticar y el resto lo interpreta el lector, lo cual para GARCIA DE LA CONCHA (8) es un ejemplo de ironía socrática a través de un discurso para develar la verdad.

II. Lo que se ve

Los retazos de su vida presentados por Lázaro son calificados por él mismo como desgraciados, infortunados, infelices y en el último tratado, con favor que obtuvo de amigos y señores (pág. 122, edic. cit.), alcanza una situación de provecho, según su opinión, respecto de la inicial (v. Trat. I). Veamos cómo se relacionan ambas.

Antona Pérez, madre de Lázaro, se propuso acercarse a los buenos (pág. 48) y en medio del camino de su vida, habiendo alcanzado Lázaro "la cumbre de toda buena fortuna" reconoce, también él, que esa ha sido la intención de su breve pero activo peregrinar (pág. 124). Los "buenos" a quienes se ha acercado un ciego burlador y mentiroso, un hidalgo soberbio, un arcipreste lujurioso, o sea, sus amos. Cada uno de estos amos, por lo que se ve, está bastante distante de cualquier bondad, porque ni siquiera en el acto de aceptar al niño como ayudante dejan traslucir un rasgo humano que los distinga de sus congéneres: ellos se aprovechan del niño Lázaro González y del joven Lázaro de Tormes para ocultar sus faltas, así como Lázaro usará de ellos. Pero esto se verá más adelante.

Si nos dejamos atrapar por la óptica de Lázaro, la novela se transforma en una simple historia de infortunios vivida y padecida por un niño, contada desde la adultez, presentando algunos rasgos humorísticos y algunos cuentos folklóricos, intercalados con el propósito de deleitar.

Pero muchas cosas más se esconden detrás de esta simple y lineal historia. Y tantas, que por momentos el análisis se complica, pues son diversos los caminos que ofrece el texto para su interpretación. Me quedo en uno, el inicial: ver la decadencia moral de Lázaro, prescindiendo de ámbitos contextuales sociales e históricos.

III. Lo que se oculta

En este apartado trataré de ver, tal como Lázaro, a quien alumbraba un ciego, algunas de las pistas sugeridas por el texto que permitan acercarse a la propuesta.

La novela presenta una construcción de opuestos para ocultar la intención del autor. Veamos dónde y en qué.

La forma exterior, en siete tratados, puede ser casual como también puede ser deliberada en la consumación de cada uno de los pecados capitales. Porque Lázaro es un pecador: lo reconoce en el Prólogo ("confesando yo no ser más santo que mis vecinos", pág. 44); en el Tratado II ("me toparon con mis pecados", pág. 69); ("Ahí tornaron de nuevo a contar mis cuitas y a reírías y yo, pecador, a llorarías", pág. 84) y siempre anda con sus pecados a cuesta. ¿Encontramos a Lázaro real y verdaderamente en alguna situación pecaminosa de su parte? Sí, si miramos su amancebamiento. Pero lo que realmente importa es que tanto el niño Lázaro como el joven Lázaro no serán presentados como sujetos de las faltas: el interés del autor está en presentar un tercero (los amos) como los verdaderos sujetos activos del pecado, culpables, también, de la caída final de Lázaro. Esta actitud, que pareciera estar indicando un determinismo fatal, está contrarrestada por sus "determinaciones": quien puede elegir ("determinarse") está haciendo uso de su libertad individual para convertirse a Dios o las creaturas.

Volvamos a los amos. Esta manera de presentarlos es un sutil medio ideado por el anónimo autor para salvaguardar a Lázaro y es el eje principal de su conciencia moral afectada: desliga a Lázaro del acto malo y al cargarlo sobre otros busca la comprensión o la justificación. Los amos, entonces, vienen a representar, en este muestrario descendente de Lázaro, de uno y otro modo los pecados capitales, dando a entender la verdadera dimensión desgraciada de la vida del pícaro, ocultando su propia culpa tras la figura de ellos.

Si tomamos los siete pecados capitales como marco referencial objetivo para señalar la decadencia moral vemos la secuencia que a continuación se propone:

1. La soberbia. "Yo por bien tengo..." (pág. 43) que esta vida mía no es digna de ser conocida por nadie -podría haber dicho Lázaro-. Muy por el contrario. Ese yo desmesurado, que ve en su vida pícaro motivo suficiente para ser contada indica ya este pecado. En el episodio de la calabazada del Tratado I encontramos otro indicio, la primera marca del desorden moral. Aunque este e-

pisodio haya sido visto como el primer choque existencial del muchacho, en el que "se le revela el mundo como amenaza" (9), siento que Lázaro ya se había enfrentado a la cruda realidad de la existencia en su más tierna infancia. El amancebamiento materno, su hermano negro, su separación maternal inducen al joven a reflexiones profundas que están indicando, por su propia fuerza, el enfrentamiento vivencial (10). De modo explícito, Lázaro reconocerá el peso de la vida como "adversidad de la fortuna" en el tratado III. (11)

"Necio, aprende que el mozo de ciego, un punto ha de saber más que el diablo". (Trat. I, pág. 52)

Lamentablemente, el diablo debe su existencia al pecado de soberbia, a su rebelión voluntaria. El correlato confirmatorio se encuentra en el despertar del niño de la "simpleza en que como niño estaba" (pág. 53); aceptación libre (consciente) de esta primera propuesta solapada para elegir el camino del mal moral. Y él, Lázaro, ya está en edad de poder discernir.

Esta soberbia, que vuelve a aparecer en la falsa humildad del niño de servir a varios amos, lo inclinará, desde ahora, a una justificación para disfrazar la discordia entre el juicio de su conciencia y la conducta que mantiene, al pretender mostrar como buena una vida no dignamente vivida.

En el ciego y en el hidalgo del Tratado III encontramos la personificación de este pecado.

2. La gula se oculta, en los tres primeros tratados, bajo el hambre del niño, pero aparece claramente en la tendencia desmedida por el vino ("Yo, como estaba hecho al vino, moría por él", Trat. I, pág. 57), causa de muchos de sus infortunios y consumada en el episodio de la longaniza (págs. 63 y ss.).

En estos casos, es el amo el que incita al niño a una pasión desenfrenada por la comida (lo reitera luego en los Tratados II y III) quedando éste desligado, aparentemente, de la culpa.

3. La ira no se oculta en el ciego frente a las travesuras del niño ni en el clérigo de Maqueda. Las circunstancias parecieran justificar estas actitudes

de los años, pero en el mismo Lázaro es donde se oculta bajo la forma de rencor por los castigos recibidos y su venganza posterior en algunos casos.

4. La avaricia la aprende Lázaro en su convivencia con el ciego, pero está encarnada en la figura del clérigo de Maqueda. Veamos en este caso particular, cómo es enmascarada la progresiva aparición de una falta hasta llegar a una situación donde no caben dudas de la intencionalidad del autor.

5. La pereza hasta pareciera perezosa en mostrarse. Pero el hidalgo que debe justificar su hidalguía viviendo de falsas rentas es la personificación fiel de quien prefiere el hambre y la miseria a un trabajo honrado. Esta actitud del amo del Tratado III se puede interpretar de acuerdo con las coordenadas del honor de la época, que lo acercaría, en lo moral, más a una actitud soberbia, pero no se puede dejar de señalar este rasgo de pereza. (12)

En el joven, bien aprendido, es una nota peculiar en sus trabajos y, sobre todo, en su dejadez moral por salir de las situaciones en que se encuentra, precisamente, por no decidirse a luchar y preferir la continuidad ("Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre y dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si éste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenecer?", Trat. II, pág. 74).

Pero como a Lázaro le cuesta aún reconocer sus propias faltas, pondrá en una tercera persona desconocida y fortuita una acertada calificación moral:

"Tú, bellaco y gallofero eres. Busca, busca un trabajo duro..."
(Trat. III, pág. 86)

Es Lázaro, que en el fondo último de la conciencia, nota lo incorrecto, pero su voluntad no está dispuesta a comprobarlo. Clara manifestación de pereza.

6. La lujuria se oculta, según minuciosos trabajos de la crítica, en el Tra-

tado IV pero aflora en el último en la figura del arcipreste (13). No se dice allí, ni aquí, que el arcipreste sea lujurioso, pero las circunstancias de todo el Tratado y la condición clerical del amo dan pautas para esta interpretación.

7. La envidia es el impulso del joven: ese acercarse a los buenos, esa necesidad de aparentar, ese juego entre apariencia y realidad halla un punto de magnífico esplendor en el Tratado VI al vestirse en "hábito de hombre de bien" (pág. 121).

En este Tratado VI, cuando ya nada se puede ocultar, es donde comienza a presentarse en Lázaro toda su miseria, como veremos luego.

Este rastreo nos puede ir acercando a unas primeras conclusiones:

- a) La intencionalidad del autor ha sido presentar la decadencia moral de una persona y se vale para ello de una historia sencilla de un hombre común.
- b) Dicha decadencia es paulatina y gradual. Se comprueba ello al confrontar los pasos del protagonista con una norma moral objetiva.
- c) Al utilizar una técnica de ocultamiento-aparición, de, en fin, opuestos permite al lector una mejor comprensión de las vicisitudes del protagonista.
- d) Subyace, en su interés, un principio de autojustificación.
- e) Los amos, entonces, son utilizados por Lázaro para representar los pecados transgredidos por él, y para ser más claro en su intención, explica "sus pecados" ejemplificados a través de cada uno de los capitales. También los amos sirven para ocultar la propia falta y reflejarla en alguien tan cercano a él y de tanta influencia sobre su persona, como para que el anónimo lector comprenda que ha caído en lo que ellos vienen a representar.

IV. Lo que se logra

En la brevedad del Tratado está encerrada una clave muy importante para nuestro interés.

Desde la salida del niño del lado de su madre junto a su primer amo -un ciego que lo alumbrará el resto de su vida- lo hemos visto sufriendo sus males siempre por las injusticias que los demás cometían en su persona. Muy a pesar de sus determinaciones, muy a pesar de sus objetivas reflexiones sobre sus amos, todo aquello que comenzara estaba signado por el fracaso. Mas cuando comienza a "echar agua por la ciudad" comprende y acepta que "este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida" (pág. 120).

He aquí la pérdida del sentido de lo real, la pérdida absoluta del sentido del pecado -ya que éste no es la mera carencia de un bien sino la desviación voluntaria de la ordenación a un fin- puesto que el "joven mozo" (Trat. VI, pág. 120) estaría reconociendo implícitamente todas sus faltas anteriores (que sustentan este primer escalón) encerrándose en sí mismo: su propia medida. Es por esto que ya no puede resistir la tentación de disfrazarse de hombre de bien (porque en su caso, la ropa enumerada es más bien un disfraz). (14)

Y caemos repentinamente en el último Tratado, que corrobora el VI afirmando que "todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré" (pág. 122). Entonces se comprende cómo Lázaro puede considerar la situación final de amancebamiento e infidelidad como "cumbre de toda buena fortuna": su conciencia, reiteradamente vulnerada por la inmoralidad de sus actos sufre una cauterización que le posibilita tomar el bien como mal y viceversa. Esta configura una opción moral radical, que avala su conducta anterior y justifica la actual.

¡Pobre Lázaro! Su padre, ladrón (v. pág. 47); su madre, amancebada con un negro (v. pág. 49) y él, gozando de sus determinaciones, no quiso evitar esta derrota moral.

V. Conclusiones

Se ha visto, entonces, que el ascenso social de Lázaro tiene dos penosos correlatos: 1) Desde el punto de vista subjetivo, la lenta pero absoluta pérdida del sentido de la propia dignidad, un amargo desencanto de la vida, que le lleva a resignarse cínicamente, con esa situación que ve pero trata de ocultar. Perdido, o más bien degenerado todo ideal noble, su felicidad consiste en un precario comer y beber. Desde el punto de vista objetivo se debe destacar el mecanismo del descenso moral: Lázaro enjuicia habitualmente sus actos y los de sus amos. Frente al pecado ajeno procede con objetividad. Pero al tratarse de su persona, una y otra vez prefiere violentar deliberadamente el juicio de su conciencia antes que decidirse a luchar. Esto se ve facilitado por el hecho de que sus concesiones son siempre graduales, un paso por vez. Pero el resultado de toda una vida de cobardía moral es la depravación: pérdida toda noción de su fin último. Lázaro hace del dinero y del qué dirán la regla última de sus actos.

No parece aventurado concluir, entonces, que la obra presenta una profunda unidad intencional: trazar el derrotero moral ya señalado.

Notas

- (1) Cfr. Victor GARCIA DE LA CONCHA, Nueva lectura del "Lazarillo", Castalia, Madrid, 1981, pág. 11. Ver también el cap. VIII, donde un estudio pormenorizado sobre la ironía lleva al autor a interesantes conclusiones sobre la composición del relato picaresco.
- (2) Cfr. RICO, Francisco, La novela picaresca, págs. 35 y ss.
- (3) Cfr. Fernando LAZARO CARRETER, "Construcción y sentido del Lazarillo de Tormes", en El Lazarillo de Tormes en la picaresca, Ariel, Barcelona, 1972, págs. 61-192.
- (4) Cfr. Francisco RICO, La novela picaresca y punto de vista, Ariel, Barcelona, 1970, pág. 25, nota 21.
- (5) El tema de la confesión lo plantea C. GUILLEN, "La disposición temporal del Lazarillo de Tormes", HR, XXV, 1975, pág. 268.
- (6) Cfr. Pedro SALINAS, "El héroe literario y la novela picaresca española" en Ensayos de literatura hispánica (del Cantar de Mio Cid a Garcia Lorca), Aguilar, Madrid, 1958, págs. 58-74.
- (7) Para el presente trabajo se utilizó la edición anotada por Celina S. de Cortazar, (GOLU, n° 59), Kapelusz, Bs. As., 1967.
- (8) Cfr. Victor GARCIA DE LA CONCHA, op. cit., pág. 215.
- (9) Cfr. Victor GARCIA DE LA CONCHA, op. cit., pág. 143.
- (10) Cfr. las reflexiones de Lázaro en la primera parte del Trat. I.
- (11) Cfr. Lazarillo, edic. cit., págs. 89 y 102.
- (12) Su actividad era "papar aire por las calles", cfr. edic. cit., pág. 98.
- (13) Para el tema de la lujuria, cfr. GARCIA DE LA CONCHA, op. cit., págs. 99-103, donde, a la par de bibliografía, aporta datos interesantes para esta interpretación.
- (14) Cfr. edic. cit., pág. 121.